

INCORRECTA

• AFROS • FEMINISMOS • MIGRANTES • SEXUALIDADES •

Viernes 29 de enero de 2016 • Nº 5



Federico Murro

Entre los instintos, las costumbres y la cultura

Mujeres, animales

La intuición de una dimensión inmensa

Qué feminismos, qué relatos, qué crísis

LA EMPLEADA, muy joven, me cuenta que cuando manda a sus hijos a descolgar la ropa de la cuerda su marido protesta porque ésas no son cosas de varones. La muchacha le retruca que hay muchos hombres que viven solos y se ocupan de sí mismos y no por eso son "raros". Yo pienso, mientras escucho, que el primer paso para desenredar este antiguo nudo, que me suena eterno, es salir de la casa y contar lo que sucede cuando el marido ve a sus hijos descolgar la ropa de la cuerda. No estoy segura de que algo vaya a cambiar en esa familia construida como hace siglos y resistente a cualquiera de las ideas o de las cosas que pasan afuera. Pero tengo una tímida confianza en la capacidad del relato, en que mientras esa imagen de los niños, la madre y el padre circula hacia otra persona, algo se produzca, el disenso se arme, la imagen se contemple y se pueda cuestionar. Porque el sólo contar lo instala el absurdo.

La muchacha lo nombra de esta manera: "él", pero con la entonación de la minúscula. Le pregunto el nombre del marido, para sacarla de esa zona absoluta de la designación, que es impersonal y distante y habla más que todas las anécdotas de una forma de obediencia. Cuando me dice su nombre, sonrío con ternura. El nombre acerca intimidad, antes que nada para ella misma. Recuerdo -y salvo todas las distancias- el amor triste de la pareja de *Te doy mis ojos*, la película de Iciar Bollain, una de las pocas en la que la violencia contra la mujer en la pareja era analizada también desde el punto de vista del hombre y del dolor de su impotencia para zafar de una cultura milenaria.

"Entre el hombre y la mujer hay amor pero nunca podrá haber paz", recuerdo que dijo la escritora turca Latife Tekin. Y entonces me voy hacia los años 80, cuando leí *Las otras*, de Rossana Rossanda, la disidente del Partido Comunista Italiano, y encontré en sus planteos de marxista histórica el descubrimiento personal de un feminismo resistido. Paso a citarla: "Ese encuentro contó en realidad entre los decisivos,



vos, y no hubiera querido perderlo, aunque aún permanece como el más problemático, porque si bien me ha enseñado a sentir que era no sólo un individuo, sino una mujer-cosa no tan implícita en quien se había construido como yo y muchas de mis compañeras- no me ha inducido a sentirme mujer antes y más que cualquier otra cosa. "Tú no sientes la prioridad de la diferencia sexual como has sentido la de la diferencia de clase", me sermonaba una importantísima feminista. Tiene razón. No la siento. Peor aun, de vez en cuando la siento como una coacción de género, por lo tanto general y genérica, que no por ser verdadera es menos elaborada y cultivada que ese clasismo que

se quería prioritario no sólo como fuente de lucha, sino alfa y omega del quehacer social/político, incluso medida moral, y con el cual yo había hecho un pacto interno de fidelidad y de no totalización. Sin embargo, la identidad del sexo es la intuición de una dimensión inmensa, antes no vista por mí e infravalorada. ¿Dónde cesa la problematización, la fascinación de la 'diferencia' y comienza, al menos para mí, una cierta asfixia, un 'menos' en lugar de un 'más'?"

Rossanda tiene hoy 91 años y se formó en la militancia del Partido Comunista Italiano. Importa volver a ella después de las últimas oleadas académicas de posfeminismo y del riesgo de "ahogarnos en el mar

de la especificidad", hablando de aguas turbulentas.

La masa crítica generada en las últimas décadas está a su manera en la calle, en la moda, en posturas esnobas, en la militante corrección política y en una actualización del tema que los medios colocan frente a nuestros ojos cada vez que un hombre mata a una mujer, que es la forma extrema de vernos unos y otras y que se ha vuelto arrolladora.

La desobediencia a las conductas recibidas, que los niños descuelguen la ropa sin ningún estigma, salir de la casa, salir al relato, abandonar la protección del eterno nudo que al oprimir simula cuidar, todo junto, me llena de preguntas: ¿hemos avanzado algo en esto de

que la conciencia va por barrios, o estamos encerradas en nuestros saberes, girando en el torno de lo consabido por unas y apenas entrevisto por otras? ¿Pelemos internamente por la huidiza diferencia o por la férrea diferencia y, con ello, tenemos (o tememos) la especificidad conquistada como concepto y como práctica pero también como valor cristalizado? ¿La coacción de género está tomando el lugar de la problematización? Hay urgencias sociales, más allá de los esnobismos culturales.

El tiempo apura, ya no estamos sólo en un feminismo de discusión interna, de ponencias en congresos confortables; han estallado las identidades y los sistemas políticos, la combinación de feminismo y defensa de la vida ha pasado a ocupar un lugar central en las luchas cotidianas y en las esferas políticas, en los países destruidos y en la lucha por el espacio vital.

Si el feminismo de hoy está urgido por la más elemental defensa de la vida de las mujeres y de los hombres que las atacan, y que deben ser rescatados conjuntamente, es que hay estructuras mayores que han fracasado en todas las sociedades de modos nuevos. Rita Segato analiza el genocidio de género, y la novedad del feminicidio como transformación contemporánea de la violencia de género vinculada a las nuevas formas de la guerra. Garo Arakelian edita un CD con delicadas canciones de historias de mujeres diezmadas, Delmira entre ellas, pero también Gloria, menos famosa, *un mundo sin gloria*.

Entre el genocidio de género en las sociedades centroamericanas y congoleñas que estudia Segato y las muertes "por amor" en el Río de la Plata, el feminismo de estas décadas se enfrenta a una nueva especificidad irreductible, que no permite ni puede aislarla de la trama social, ya que "la intuición de una dimensión inmensa" de Rossanda ha pasado a ser defensa de la vida a secas, a manotones, sin sofisticaciones ni retórica. ■

Alicia Migdal

No sos una gata negra

Luchas entreveradas

HACE CALOR y el 149 está lleno. Hay feo olor, malas caras y yo estoy en el límite entre el malhumor y el enojo. Sólo me falta un empujoncito para llegar a ese estado, y llega cuando Yaguarón se encuentra con 18 de Julio y leo el grafiti que siempre me hace farfullar como una desvariada en el medio del bondi: "machismo = racismo = especismo". "Una cosa no es igual a las otras", pienso, como en ese juego de descubrir el elemento discordante en un dibujo.

Otra vez, los negros y las mujeres (y cualquier grupo "en minoría") somos puestos en la bolsa de los que no pueden hablar por sí mismos. Claro, desde la intención contraria, tal vez, desde la "buena onda" new age, ésa que dice que somos uno con el universo.

Qué mas da un negro que una mujer que un mono. A todos nos oprime el hombre blanco, ¿no? Entonces nuestras luchas se pueden englobar en una sola. Sólo que los

monos no pueden luchar por sus derechos.

Una diferencia insoslayable entre los animales y los humanos es que nosotros podemos articular nuestras demandas, que no van a ser necesariamente las que nos imponga un subgrupo, el de los hombres blancos bienpensantes. Asimilar la violencia hacia ciertos seres humanos con la violencia hacia los animales nos deja, otra vez, en el papel de víctimas sin voz ni voto. ¿No deberíamos haber superado eso ya?

Entre los animales y las personas media una diferencia clave: el lenguaje. Los animales siempre serán defendidos con lenguajes ajenos, siempre serán mediados por símbolos creados por la cultura. Nos pone tristes que a Bambi le maten a la madre porque quizá proyectamos en Bambi nuestros sentimientos. Pero los seres humanos desplazados al margen por una u otra razón, por muy desplazados que podamos estar, tenemos nuestra propia agenda, y el lenguaje nos

pertenece. Podemos "hacer cosas con palabras", como decía Austin.

Un animal nunca va a poder decir "no, no estoy de acuerdo contigo", "no, lo que estás diciendo de mí es erróneo". Una persona, sí. Por los animales se puede -y se debe- tener compasión y respeto. Pero la empatía, ese ponerse en el lugar del otro, necesariamente se puede practicar sólo entre nosotros. Claro, es mucho más difícil. Hay que escucharlo realmente y aceptar que no se le puede asignar

caprichosamente valores y creencias propios, porque el otro nos puede decir “no, mirá que acá está pasando otra cosa”. El otro hasta puede interpelar tu papel dentro de un sistema injusto. Y por eso muchas veces es más difícil ser solidario con esos otros iguales a nosotros mismos que con un animal. Por eso, también, sólo se puede decir con mucha displicencia que el “especismo” es igual que el racismo y el machismo. Y con esa displicencia, borrar de un plumazo la larguísima y dolorosa historia de los movimientos de protesta de las minorías (humanas) desde que alguien decidió que fuéramos minorías.

Sí, permítanme posicionarme por encima de un perro en la jerarquía de inteligencia. Así como alguien decidió posicionarse por encima de mí -mujer- cuando escribió ese grafiti. Sólo que yo ahora mismo le puedo decir que se equivoca, mientras que el perro nunca podrá decírmelo a mí. ¿Lo maltrataré por eso? No. Pero sí tomaré decisiones por él. Lo sacaré a pasear a cierta hora, decidiré qué y cuándo comerá, incluso me parecerá mejor castrarlo si es un perro que vive en la ciudad. ¿Es necesario aclarar aún que uno de los derechos clave del ser humano es la autonomía sobre su propio ser? ¿Y que asimilar sus derechos a los de un animal es quitarle derechos a la persona?

Tiene que haber un punto medio entre considerar al animal un objeto y asimilarlo a una persona. ¿No podemos defender algo a menos que sea exactamente igual a nosotros? Ahí creo que radica el error. Para el tipo (aventuro que es un hombre) que escribió el grafiti, las mujeres y los negros podrían estar a la misma distancia de él —emocional, intelectual— que un burro. No somos iguales a un hombre blanco, por lo tanto, podemos ser cualquier otra cosa. Siempre por debajo del hombre blanco, eso sí. Podemos ser no humanos.

Sé que estoy siendo anticuada, pero permítanme tomarme en serio mi estatus de ser humano. Permítanme estar orgullosa de todas las personas que pelearon antes que yo para que llegara hasta aquí. Reconozcamos que hay una diferencia entre la mujer que escribe y piensa y la hermosa gatita que la acompaña, cuyas actividades principales en la vida son dormir y comer. Y que la mujer que escribe y piensa ama a su gatita pero tiene bien claro que su gatita siempre será -con suerte- objeto de derechos, mientras que esta mujer que escribe y piensa es sujeto de derechos. Y que mirará de reojo a los que quieran llevarla de nuevo a ser un pre-sujeto, incluso aduciendo que es por el bien de la gatita.

Animalizar a ciertos humanos al tiempo que se humaniza a ciertos animales: ¿a quiénes les conviene verdaderamente luchar en esos términos? ■

Sol Ferreira

Pero quién es la chingada

Maternidades: imposición, deseo, penas y amor

EMBARAZADA, cautiva de la alteridad. Ven caminando un cuerpo intocado casi virginal, sólo materno, pero no saben que ella desea que el útero le explote por un orgasmo interminable. Grávida, preñada, sujeto/objeto de cuidado, de atención, de privilegio, de olvido, ¿muerte segura de mujer a hembra? ¿Ahí comienza el trayecto que desnuda los misterios detrás de la histórica discriminación hacia las mujeres?: sexualidad, reproducción, libertad, igualdad, poder, muerte y vida.

◆◆◆

Uruguay aparece como una isla en un mundo donde las mujeres aún mueren desangradas al parir. En nuestro país las tasas de mortalidad materna son muy bajas comparadas con otras latitudes. En el imaginario colectivo los consensos convertidos en ley se extienden como si fueran una gran pista de aterrizaje de mujeres libres. Leyes para evitar que una mujer embarazada sea rechazada al pedir un empleo o que sea despedida, leyes que tutelan los derechos sexuales y reproductivos, leyes que apuestan por la igualdad entre los géneros y por la corresponsabilidad en los cuidados.

Podría hacernos sentir muy cómodos pensar que hemos avanzado hasta llegar a una especie de páramo y que la maternidad como destino natural de las mujeres ha sido desmentido, que el placer sexual anulado por fines reproductivos está superado, que el instinto maternal es un mito, o que se está trabajando lo suficiente para desmantelar las estructuras patriarcales que intentaron mantener cautivas a las mujeres en sus casas prodigando amor, fidelidad y cuidados.

Existe quien hace ostentación de eso, pero hay una convivencia conflictiva: por un lado, mujeres que podrían ocupar cargos como la presidencia de la república, que pueden ser investigadoras y científicas, empresarias, trabajadoras autónomas que concilian la vida profesional con la privada y, por otro lado, mujeres jóvenes que venden su virginidad o paren los hijos de su padrastro, expropiadas en cuerpo y alma y fijadas en una identidad de madres que parece darles algo que les hubieran arrancado; la sociedad las convierte en dueñas de “maternidades voluntarias”, sólo embarazadas llaman la atención del Estado y se convierten en herramienta de política pública.

◆◆◆

Después de un parto se calla más que lo que se confiesa. Las marcas en el cuerpo no son condecoraciones sino heridas. Detrás de la alegría y la “magia”, ante la sublimación social del acontecimiento se silencia el dolor, lo que frustra, la insatisfacción.

No sé si es resignación u olvido, pero dónde quedan las historias de las mujeres que cosieron sin analgesia la herida de la episiotomía que rechazaron, las del médico

que las abofeteó porque “entraron en trance”, las mujeres que vomitaron del dolor porque no podían pagar la epidural y terminaron en cesárea. La analgesia obstétrica no forma parte del sistema de salud, así que si una no tiene 1.000 dólares, lo que dicta el Génesis (3:16) aparece como sentencia definitiva: inerte ante el exterior, amarrada, abierta y desnuda, mujer, “parirás con dolor”.

Violencia obstétrica se le llama a ese poder médico que “abre”, jerárquico e invasivo, pero casi nunca se denuncia. Lo cotidiano traga las experiencias más amargas, las más crueles.

También entre aquellas que tuvieron la oportunidad de decidir sobre las condiciones en las que sus hijos nacerían -las que apelaron a un parto humanizado- hay historias no contadas. La de aquella mujer que esperaba que su parto fuera una experiencia orgásmica pero no logró soportar el dolor y con frustración tuvo que pedir la analgesia, la que sigue culpando a ese cuerpo estrecho que imposibilita un alumbramiento natural, la que después de horas de respirar, exhalar, dolerse, vio envejecer su cuerpo en la bañera de su casa y terminó en un hospital, pariendo, avergonzada.

El nacimiento de un ser humano no justifica el sufrimiento o la violación flagrante de los derechos y la dignidad de nadie.

Cualquiera de las bibliotecas, la más “científica” o la más natural y “humana”, develan las imposiciones que establecen cómo es que debemos convertirnos en madres y, sobre todo, el grado de autodeterminación de nuestra capacidad reproductiva en función al estrato social en el que nos encontramos.

Una mujer pobre, aunque así lo quisiera, ¿podría programar una cesárea, parir en la casa que no tiene, o elegir no ser mujer lactante?

◆◆◆

Quizá el lado más oscuro del Derecho sea nuestro Código Penal, ése que no ha visto la luz a pesar de las conquistas legislativas. Sin ser explícito ahí están los criterios normativos que hacen recaer la responsabilidad del bienestar del hijo sobre la mujer y dan recetas para el comportamiento maternal. No ser una buena madre es un delito, y está establecido en el artículo 279, literal B, con el nombre: “Omisión de los deberes inherentes a la patria potestad”.

Esta figura tutela a la familia y a la sociedad en su conjunto, pero a partir de ella el Estado deposita en otros (en otras) el castigo a sus propias omisiones.

Ya Octavio Paz lo decía en su *Laberinto de la soledad*: “¿Quién es la Chingada? Ante todo, es la madre”.

Desde los años 70, padres, pero sobre todo madres, han sido procesadas por este delito en virtud del abandono y la falta de compromiso en la provisión de cuidados de sus dependientes.

En innumerables ocasiones y, luego del procesamiento con prisión de mujeres pobres en virtud de los delitos cometidos por sus hijos, organizaciones sociales han denunciado el carácter tutelar, machista, autoritario, clasista y violento de la “Justicia”. Sin duda esta tipificación es la antítesis del derecho al cuidado que recientemente reconoció la flamante ley N° 19.353.

Algunos nos hemos preguntado, una y otra vez, si la responsabilidad es de los padres, padre y madre, ¿por qué no se busca y castiga a los varones ausentes?

No contento con las denuncias y manifestaciones de la sociedad civil y para “mejorar” la eficacia de la norma penal, en julio del año pasado, el nacionalista Sergio Botana presentó una iniciativa para su aplicación “automática” en el caso de menores infractores. El espíritu de la iniciativa, que conjuga lo peor del esencialismo biologista y el punitivismo, es que cada progenitora sea la policía de su hijo.

No se olviden que el sufrimiento es indispensable en el amor materno.

◆◆◆

Ser madre en este siglo: biológica, adoptiva, dadora genética, gestante subrogada.

Ser madre como acto de trascendencia, de amor, de locura, de vulnerabilidad, como milagro biológico o de la biomedicina, por deseo, por soledad, descuido, ignorancia, capricho o imposición.

Las discusiones en torno a la maternidad dividen las aguas del feminismo. Como fórmula de emancipación del patriarcado, ¿ser madre o no serlo? ¿Cómo vivir el embarazo? ¿Cómo ejercer los derechos sexuales y reproductivos? ¿Dónde parir? ¿Cómo vivir la lactancia? ¿Cómo resolver el tema del cuidado? ¿Qué papel jugar en la crianza? ¿Cómo conciliar las ambiciones personales con el futuro de nuestros hijos?

Mientras Marcela Lagarde ha identificado la maternidad como el gran cautiverio de las mujeres, Laura Gutman afirma que existe un instinto materno, “una capacidad de amar que se despierta cuando hay un bebé necesitado de cuidados”. Esta gurú del “maternaje progre”, como la ha llamado Mariana Olivera, trata de emerger como ola evangelizadora de las nuevas maternidades, olvidando que ya en los años 80 Elizabeth Badinter había roto el misterio con una conclusión cruel y lapidaria: “El amor maternal es sólo un sentimiento, y como tal es esencialmente contingente”.

La disyuntiva entre descontextualizar o no la fisiología de las mujeres (embarazo, parto y amamantamiento) de la cultura evidencian la brecha que separa a los feminismos de la diferencia y de la igualdad.

Otro ejemplo que permite problematizar dichas tensiones es la decisión de algunas legisladoras europeas de llevar a sus hijos a las

sesiones del Parlamento como acto de militancia feminista y para mostrar lo difícil que es para las mujeres conciliar la vida familiar con la profesional. Sin embargo, esa “performance”, según otras mujeres también militantes, tiende a reforzar la condena histórica que las ata a su identidad de madres y a debilitar las luchas que bregan por la efectiva participación de las mujeres en la política.

En la divergencia igual existe un consenso: nunca sería posible resignificar la maternidad sin replantearnos el modo en que ejercen su paternidad los varones.

La corresponsabilidad abre un nuevo horizonte. Aunque para Corinne Maier esto tampoco es suficiente; para ella, en la medida en que las mujeres decidan seguir siendo madres, nunca lograrán la autonomía. Esta mujer encabeza un movimiento llamado Women Child Free, y siendo madre de dos hijos, no titubea en aceptar su arrepentimiento. Quizá sea la voz más representativa de aquellas mujeres que confiesan que de haber sabido lo que era ser madre, no lo hubieran elegido.

◆◆◆

Mis pechos lloran cada noche, ¿será la nostalgia de su pasado inerte?

Meses atrás, caminando toda redonda hacia una entrevista de trabajo, pensaba cómo podía efectivamente ejercer los derechos amparados en la ley N° 18.868: evitar que me preguntaran lo que era evidente, sobre mi estado de gravidez, certificada o no. La teoría me atravesó el cuerpo y era esa mujer que nombré una y mil veces.

Embarazada, pariendo, amamantando, trabajando y amando en el puerperio, cuidando a mi hijo y reconociendo, muchas veces, que otro lo hace mejor que yo, me he sentido libre y cautiva al mismo tiempo.

Con mi ambigüedad a cuestas, identifico un deseo profundo que emerge abruptamente: que las elecciones libres e informadas logren reducir las violencias que se reproducen en el interior de las familias y que se proyectan al mundo en forma de bombas, lanzallamas y mutilaciones.

La imposición de conductas nos afecta profundamente. Tal como lo ha afirmado Marta Lamas, “la maternidad como ofrenda de amor femenina por excelencia ha cobrado muy caro a las criaturas la exclusión social de sus madres”.

Al fin y al cabo, hay clichés que funcionan como verdades: que cada mujer pueda elegir, que la autodeterminación sea una razón poderosa para desmitificar la maternidad y que esa realización se multiplique en la crianza de niños deseados y felices.

Libres de elegir de acuerdo a su propia conciencia.

Así, tan naif y revolucionario al mismo tiempo. ■

Valeria España

¿Terminó la guerra?

Madres que buscan a sus hijos migrantes desaparecidos en México

TIENE EN EL rostro las huellas de la angustia sin pausa y en las manos una foto de su hija. Lleva los colores y el tejido de su pueblo en la ropa. Parecemos de la misma edad. Me dice que viene del Ixcán, en Guatemala, y el nombre me trae el recuerdo de la política de tierra arrasada, el recuerdo de proyectos perseguidos, de sueños incendiados. El nombre tiene el eco de la represión y la barbarie, de kaibiles y paramilitares, de pueblos en la montaña, huyendo, cruzando la frontera, buscando refugio.

Pero eso terminó hace 20 años, con la firma que puso fin a una de las guerras civiles más largas y cruentas del continente, con el retorno de los refugiados a su tierra.

Y, sin embargo, ella está aquí, en Tenosique.

María es una de las madres centroamericanas que forma parte de la Caravana que busca a sus hijos desaparecidos en México. Busca a su hija, Isabel, cuya foto lleva entre sus manos. Hace siete años que no sabe de ella. Isabel llevaba dos meses en México y durante ese tiempo se estuvo comunicando. María me cuenta que la última vez que le habló su hija le dijo que estaba en Cancún y que iría hacia Chiapas.

Trago saliva.

Cancún puede sonar a paraíso en el Caribe. Puede evocar un mar azul, arena blanca y sol ardiente, pero el lugar que es paraíso para turistas puede ser un infierno para mujeres y más aun para mujeres migrantes.

Los demonios del edén se llama el libro en el que Lidia Cacho, periodista y activista, documentó un Cancún de explotación sexual infantil, trata de mujeres, empresarios y políticos. Después de publicar el libro, en 2006, el entonces gobernador de Puebla, Mario Marín, la hizo detener, la secuestró con elementos policíacos y la trasladó de Cancún a Puebla, 20 horas de camino, para juzgarla sin garantías. Sólo la presión de la sociedad la dejó libre.

Y trago saliva, porque, aun sin la declaratoria oficial, el número de feminicidios en Quintana Roo, el Estado o departamento en el que se encuentra Cancún, nos alerta: durante 2015 hubo al menos 13 mujeres asesinadas; nueve crímenes ocurrieron en los últimos tres meses del año y, de éstos, siete ocurrieron en Cancún, de acuerdo con *La Jornada Maya*.

Pero Isabel, la hija de María, habló desde Cancún y dijo que iba a Chiapas. Y eso fue hace siete años. Y yo me inquieté por el lugar de origen de la llamada, pero también por el destino anunciado. Y por la ruta.

Chiapas es quizá el rostro rebelde del país. Chiapas, fuera de México, quizá es un paliacate o un rostro con pasamontañas y pipa o el esfuerzo organizativo de caracoles mayas, autonomía indígena y reuniones intergalácticas. Y sí, Chiapas es eso, pero no sólo es eso. Fuera de zonas zapatistas, Chiapas también es el México de la delin-



Familiares de los estudiantes desaparecidos el 26 de setiembre de 2014 en Iguala, durante una manifestación, el martes, en Ciudad de México. / S/D DE AUTOR (EFE)

uencia organizada y la impunidad, de feminicidios y violencia contra las mujeres y muertes por abortos y trata de personas.

Y Chiapas es también parte de la ruta para quienes atraviesan el país rumbo a Estados Unidos.

La Caravana de Madres Centroamericanas que buscan a sus hijos desaparecidos en México recorre cada año el país. El 30 de noviembre la Caravana entró por El Ceibo a México y se dirigió a Tenosique para iniciar allí lo que haría en decenas de ciudades más: visitas a cárceles, a hospitales, entrevistas con autoridades, exposición de fotos en parques y otros sitios públicos.

Ésta fue la undécima Caravana. Y justamente, en esta ocasión, vinieron 43 madres con el lema "Nos hacen falta todos". Un guiño a los padres y madres de Ayotzinapa. Vinieron madres de Nicaragua, de Honduras, de El Salvador, de Guatemala.

Una madre de Honduras no puede ocultar su felicidad pues va a encontrarse con su hija en Tapachula, casi al final del recorrido. Me lo cuenta cuando estamos en el parque de Tenosique, extendiendo las fotos, preguntando, conversando. Una familia se acerca, mira las fotos, le parece reconocer a una. Hay una mujer que suele venir al parque, se le parece, dice, y señala a una joven en una de las fotos.

Quienes organizan la Caravana, entre ellas, Martha Sánchez Soler, que la inició, intentan dar un tono de esperanza, a pesar de todo. Investigan todo el año y procuran algunos encuentros, pero de muchos, de demasiados, de demasiadas, no se sabe nada. Se comunicaban y,

en un momento dado, dejaron de llamar. Desaparecieron.

Otra de las mujeres que está ayudando a extender las fotos me cuenta que ella está en la Caravana por su hermano, "pero ya no lo busco", me dice. Silencio. "Es que mi hermano estuvo en Cadereyta", explica.

Y no tiene que decir más.

Cadereyta es una ciudad de Nuevo León, al Norte de México. En mayo de 2012 se encontraron ahí 49 cuerpos mutilados.

No busca a su hermano, cuyo cuerpo fue identificado, pero en su pueblo, en Guatemala, se formó una organización para buscar a los migrantes desaparecidos. Viene a apoyar.

Esta vez las madres de la Caravana no llegaron al Norte del país, pero estuvieron más días y se concentraron en el distrito federal para presionar en el centro del poder político en México. Exigen un protocolo de búsqueda que comprometa a todos los países implicados.

Si hubieran ido al Norte del país, sin duda hubieran estado en Coahuila, la entidad que gobernó Humberto Moreira, detenido en España por estos días para ser investigado por lavado de dinero. El también ex presidente del PRI gobernaba Coahuila, en el tiempo en el que ocurrió la masacre de San Fernando en 2010.

Hace tres años las madres de la Caravana sí estuvieron ahí. Fray Tomás, el director del refugio para migrantes de Tenosique, que precisamente se llama La 72 en memoria de esas víctimas, nos contó el silencio y el dolor cuando estuvieron en San Fernando. Y la rabia, al encon-

trar todavía ahí, en el sitio en el que fueron encontrados los cuerpos, dos años después, pertenencias que no fueron debidamente resguardadas.

Este año la Caravana de Madres, antes de llegar a Tenosique y debido a un puente que se vino abajo, toma un desvío y se detiene en una esquina del camino; ahí Fray Tomás señala el sitio en el que, de acuerdo con los testimonios recibidos, ocurren asaltos y violaciones contra personas migrantes. A pesar de las denuncias, las autoridades no han actuado y la zona es ahora de alto riesgo.

Busco entre las madres un rostro, pero esta vez no vino doña Blanca. La conocí en la Caravana de 2012. Doña Blanca, de Honduras, busca a uno de sus dos hijos desaparecidos. Me habla de la insistencia de sus otros hijos para que abandone esta búsqueda y se quede en casa y vea crecer a sus nietos. Me dice que no puede.

El inicio de la undécima Caravana coincide, así lo anuncia una de las organizadoras, con el encuentro del nieto 119 de las abuelas de Plaza de Mayo, en Argentina. Búsquedas y desapariciones en dos extremos del continente.

México no buscó a sus desaparecidos, ni convirtió en un tema nacional ese dolor, ni hizo el informe "nunca más" ni creó una Comisión de la Verdad para enfrentar los crímenes cometidos en los 70, cuando esta tierra de asilo y refugio para tantos perseguidos en el Sur estrenaba los vuelos de la muerte que copiaría después la dictadura argentina.

Más de 1.500 desaparecidos en la década de los 70 y principios

de los 80 y el país no lo convirtió en tema nacional.

En el tiempo de la alternancia fallida, con el PRI fuera de Los Pinos pero dentro del gobierno de Vicente Fox, se creó la Fiscalía Especial para Movimientos Sociales y Políticos del Pasado, que se disolvió sin haber resuelto los casos, sin haber enjuiciado a los responsables y sin saber qué pasó con las y los desaparecidos ni dónde están.

En los 70 y 80, México fue casa para los perseguidos del Sur y fosa para los de casa.

En los 80 México fue refugio para las familias guatemaltecas que huían de la represión, mientras que continuó desapareciendo y asesinando en casa.

En los 90 el gobierno de México intentó replicar Guatemala en Chiapas. Ahí está Acteal, como memoria de la ignominia.

A raíz de 2007, con la iniciativa Mérida promovida por Estados Unidos, el panista Felipe Calderón declaró la guerra contra el crimen organizado con poca estrategia y mucha torpeza y corrupción, en un país en el que los cuerpos policíacos no tienen ningún respeto por los derechos humanos. En un país en el que la tortura es generalizada, tal como dijo el relator de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos. En uno de los países de mayor desigualdad social y económica.

Doña María no suelta la foto de su hija y yo me pregunto si hace 20 años, en 1996, cuando se firmaron los acuerdos de paz en Guatemala, terminó la guerra. ■

La más perdida

Con Beti Faría (ex Alberto Restuccia)

“¿CUÁL ES tu mejor hora?”, le pregunté. “Al atardecer, cuando cae el sol”, me respondió. Y así quedó concertado el encuentro.

Hacía tiempo que no hablaba con él. Me lo había cruzado en la rambla o en la fila para entrar al teatro, pero desde *El proyecto de Beti y el Hombre Árbol*, un documental que filmamos entre 2011 y 2013, y que lo tiene —junto con el escritor Felipe Polleri— como protagonista, no nos tomábamos el tiempo para dialogar sin rumbo ni reloj.

Lo entrevisté muchas veces para aquella película (o ensayo fílmico, o artefacto travesti), en invierno y en verano, en su casa o en bares, sentados o caminando. Conocía bien sus encadenamientos verbales y mentales, a veces difíciles de seguir, su hábito de citar frases y autores todo el tiempo, las inflexiones de su voz antes y después del segundo whisky, su bebida inseparable, su “aliado”.

Conocía, también, que el tremendo hombre de teatro que había sido Alberto Restuccia (Montevideo, 1942) había trasuntado, o mutado, o reencarnado en alguien llamado Beti Faría, sin que hubiera solución de continuidad ni amputación de algún órgano. Puro devenir. Pura performance del cuerpo asumido como escenario. Pura emergencia del Otro (perdón: de la Otra).

Conocía, en fin, que Alberto/Beti nunca es el mismo sujeto y que ser su interlocutor, aunque sea unas horas, implica una aceptación del caos, una renuncia de todo orden conocido.

Por eso no me asombró que, en el interin de nuestra lejanía, hubiera cambiado su hora favorita de la noche al atardecer, es decir, el momento en que se licúan formas y energías, en que se toma conciencia del pase del testigo que es la vida.

Dos días después estamos sentados en la rambla, a una cuadra de su casa de Barrio Sur, mirando la puesta de sol: una disolución ígnea en el agua donde los contornos se transforman a cada segundo, desde la perfecta redondez hasta un resplandor que hace titilar el horizonte, pasando por una masa de nubes filtrando las últimas luces y un instante fugaz en que el encuentro del sol con el mar dibuja un cáliz.

Contemplamos el espectáculo en silencio, con el eco de lo que hablamos antes de llegar ahí: su rebelión adolescente a pesar de sus 74 años, su condición de sobreviviente, sus problemas de salud (apneas del sueño, cardiopatía), su sensación de estar “mal hecha”, sus deseos de tener un marido legal (“Quizá pueda todavía, ¿por qué no? Sería una gran revancha contra la homofobia y transfobia de mi familia”), su admiración por el ladrón y el fuera de la ley.

Al respecto, cita a Jean Genet y recuerda un diálogo de *Sin aliento*



NICOLÁS CELAYA (ARCHIVO, MARZO DE 2011)

(*À bout de souffle*, Godard, 1959), en el que Michel (Jean-Paul Belmondo) y Patricia (Jean Seberg) hablan sobre si es correcto delatar a alguien. “Es lo normal”, dice Michel, “los delatores delatan, los ladrones roban, los asesinos asesinan, los enamorados se aman...”

Entonces le pregunto qué es lo normal para Alberto/Beti, a lo que responde: “Provocar”.

Un rato más tarde, en su casa, de vuelta de la rambla, insisto: ¿provocar desde dónde, a quién, por qué?

—Bueno, me lo he preguntado y a lo que he llegado es: provocar por puta. Porque me encantan las prostitutas. Porque, en la escena, me gusta hacer de villano. Porque me gustan los ladrones, que también son inadaptados. Tengo esa putez de salir con minifalda con la esperanza de ser levantada. Cuando me pasó y un guacho en un auto blanco me preguntó “¿cuánto cobrás?”, me pareció un regalo de los dioses. De alguna manera, la idea de prostituirme está en mi inconsciente. Siempre me atrajo. En mi perversión —que, según Lacan, es *père-version*, la versión del padre— me gustaría tener un marido y serle infiel, y que a él le gustara que yo le metiera cuernos. Todo eso me fascina. Tengo una fascinación por el mal. Ponele en esos términos.

Estamos un rato dándole vueltas a su noción del “mal”. No me queda claro si se refiere a una ideología, a una fantasía más o menos difusa, a una vanguardia artística aplicada a lo cotidiano, a una postura (in)moral o a hechos concretos que carga en su conciencia. Después de varios intentos, en los que habla de su “tentación luciferina” y de su devoción por ir siempre a la contra, murmura: “Es difícil de explicar para quien no lo haya sentido alguna vez”.

Sin embargo, me cabe la sospecha de que se trata de una idea romántica, incluso ingenua, de un maldito del siglo XX que aterrizó en el XXI y, aun hoy, sigue forjando su carácter con aquellas armas y contra los mismos fantasmas: una familia burguesa, la educación en un exclusivo colegio bilingüe, las instituciones de cualquier signo, el arte entendido como un bien acomodaticio; el Uruguay de siempre.

Finalmente, jugando con su retórica, le tiro:

—Capaz que el mal del que hablas tiene que ver con un lugar de demiurgo: tu goce no estaría tanto en cumplir el deseo del otro, sino en moldearlo para que él crea que ése es su deseo, cuando es el tuyo.

Por una vez no recurre a ningún autor ni a ninguna cita. En cambio, se ríe con timidez, como un niño descubierto en una travesura.

—Sí, tenés razón. No te lo voy a negar. Esa fascinación tiene que ver con el mal como absoluto, no con nada moral. Me considero más bien amoral. Carezco de toda moralidad. Y si en alguna ocasión las cosas se pusieran muy feas con algo o alguien, me refugiaría en esa niña asustada que fui, y cuya única barrera contra el mundo era mi madre. Ella era mi contención. Hay una foto ahí donde estoy sentado en su regazo, en su falda. Por eso me gustan las faldas, usar faldas... No sé, es difícil de explicar, como todo esto.

Así de fluctuante es el mundo de Alberto/Beti: en cuestión de segundos, por un juego de palabras o una asociación de ideas, la abstracción se convierte en materia, la crueldad en fragilidad, lo absoluto en incertidumbre, la virgen en puta, el viejo en niño. Y viceversa.

En un encendido texto que escribió luego de verlo en *El gimnasio* (2013), de la dupla Pevero-

ni-Dodera, el dramaturgo Sergio Blanco decía:

Restuccia es Bacon. Es Shakespeare. Es Calderón de la Barca. Es un fragmento de Mallarmé. Es un golpe de Artaud en pleno vientre. Es una caricia de Bakunin. Es una pincelada de Goya. Es un final de Mahler. Es teatro del riesgo como sólo los grandes pueden hacerlo. Es el desgarrar de la historia de nuestros últimos 60 años [...] Restuccia nos hace entrar y no tenemos ganas de entrar. Luego nos echa y no tenemos ganas de irnos. Tira dardos contra la estupidez de nuestra contemporaneidad. Y puede hacerlo porque se los tira a él mismo.

La siguiente pregunta es: ¿cómo se lleva, en la intimidad de su cabeza, este jugador a tiempo completo, esta “dinosauria” (Blanco *dixit*)?

—He llegado a la conclusión de que no podría ser de otra manera. Estoy cómoda siendo así como soy, a pesar de que esto nació de una incomodidad: me sentía incómoda con mi genitalidad masculina. Pero una vez que se asumió y llegué a un acuerdo conmigo misma, me siento muy cómoda.

A continuación, una descripción más o menos detallada de argumentos por los cuales nunca se operaría (“sería contrario a mi naturaleza que me mutilara el órgano por donde gozo”), de prácticas sexuales (“la gracia está en que podamos acabar juntos, eso es perfecto”), de la relación con su cuerpo (“me gustan mis redondeces, mi panza; me gusto mucho”), de su tardío descubrimiento de la masturbación.

—¿Cuál ha sido el momento de tu vida más pleno sexualmente?

—Ya de vieja.

—¿De verdad?

—De verdad. Me sorprende cómo

una persona —porque antes que nada soy una persona— de 74 años tiene la actividad sexual que yo tengo. A veces puede ser un día sí y otro también. Es como si fuera un adolescente que nace al despertar sexual. Bueno, yo fui muy lenta, mi sexualidad fue muy lenta. No me masturbé de niño ni de adolescente. Mi primera auto-satisfacción fue cuando ya estaba casado y tenía tres hijos. Quizá por eso es que se corrió el espectro y tengo esta exuberancia que me sorprende.

—¿Por qué decidiste ser Beti? ¿Por qué una identidad fija?

—Siento que no estoy quieta. Soy un híbrido, una mutante. Hay momentos en que soy rana, hay momentos en que soy gallina, hay momentos en que soy Beti y hay momentos en que soy cosa.

—¿Preferís perderte o definirte?

—Perderme, por lejos. Incluso perder completamente las identidades.

—¿Quién es hoy Alberto Restuccia, aquella bestia que conocía todos los secretos de un arte específico?

—Pasó a ser un personaje teatral. A tal punto se invirtió la relación que Alberto Restuccia pasó a ser el personaje y la persona es Beti Faría, o Betina la Divina, o uno de los tantos heterónimos.

—Nos engañaste. Durante décadas nos hiciste creer que aquel era una persona.

—Es que yo estaba perdida. Viste que a veces en las entrevistas te preguntan: “Usted, como artista, ¿se ha encontrado a sí mismo?”. Y vos tenés ganas de responder: “Bueno, para encontrarse una tiene que haber estado perdida”. Y ésa es la mayor gozadera. Haber sido y ser una perdida... Así llamaron a esa obra de un contemporáneo de Shakespeare, John Ford: *‘Tis Pity She’s a Whore*. La tradujeron: *Lástima que sea una puta*... Así que encantada de ser una *whore*, una perdida.

El encuentro termina en carcajadas, ya entrada la noche. Pero, de algún modo, seguimos sumergidos en el estado *border* del atardecer, el mismo que un rato antes había recordado a Beti (no más Alberto) una anécdota narrada en el comienzo de *Pierrot le fou* (Godard, 1964):

—Al final de su vida, Velázquez estaba casi ciego, y no veía las cosas ni las personas, sino lo que había *entre* las cosas y las personas. Por lo tanto, pintaba el *entre*, cosas indefinidas, como una puesta del sol. El sol que se va es bueno por todo lo que nos hace perder, como decía Artaud. Y al perderse las formas, al perderse los significantes, una ya no sabe quién es.

Una gozadera. ■

Las abuelas secretas

Ritos y conocimientos afro-ancestrales femeninos

LA MESA llena de comida, la sidra abierta, los vasos vacíos y el abuelo hablando de aquellas épocas.

Rubén, mi abuelo de abuelo esclavo, mira al horizonte y exclama “¡mi abuela, qué mujer! Era una sabia, tenía eso que dicen ustedes, eso de la intuición”.

Me sorprendió esa necesidad de contarme sobre su abuela. Cuando él relataba, la revivía a ella y, con ella, muchas historias que conozco de parientes, de amigos y de mi trabajo de campo. Me di cuenta de la importancia de esas fiestas inesperadas de historias ancestrales.

Ritos, costumbres, saberes

Me cayó la ficha del aporte de las abuelas y de todo lo callado, enmudecido y tapado que nos rodea: las nanas de leche, un hilito rojo en la frente, las trenzas, la medicina natural, los lunares, la significación de la muerte.

No era una cosa fácil criar y amamentar niños y niñas de otros.

Esas nanas daban la leche de sus cuerpos africanos e indios a los “niños puros” de sus explotadores, alimentando y cuidando a un alto porcentaje de los hijos de patricios orientales.

El hilito rojo en la frente de los bebés cuando tienen hipo también tiene su raíz en las creencias populares. El hipo es una contracción del diafragma y poco tiene que ver con un hilo en la frente, pero según relatan las abuelas y madres, hay “algo” más imperceptible.

Doña María es curandera y dice que el hilo debe ser de lana roja y pegarse en la frente del bebé sólo con la saliva de la madre. Y aquí el sincretismo, lo afectivo y lo científico. Esa práctica energiza el vínculo entre la madre y el bebé y se calma el hipo, porque, además, el niño mira hacia arriba por la atracción del color rojo y así le entra más oxígeno por la boca: el diafragma deja de contraerse. Una práctica muy común en América. Como tantas otras: cuando las mujeres africanas llegaron al continente vinieron con semillas en sus pelos, reales y de ideas. Entre sus cabellos trajeron semillas (voluntaria o involuntariamente: entre las motas hay cosas que se prenden encarnizadamente), que se desperdigaron por varias partes de América del Sur: el aloe, la marula, la sensibilera, a la que se le dice, nada menos, Espada de San Jorge. También a través de los trenzados construían “mapas de fugas”: algunas investigaciones hechas al Sur de Brasil dan cuenta de territorios o geografías dibujadas principalmente en las cabezas de las niñas, con la ayuda de esas trenzas, que indicaban cómo huir de la trata o el esclavismo. Muchos escaparon y otros fueron rapados para que no se dibujara ninguna idea de libertad.

Y también el trenzado como portador de ideas o creencias. Cada hebra de pelo tiene vida y para la trenza se necesitan tres con sus respectivos significados: alma, mente



Barrio Palermo. / IVÁN FRANCO

y cuerpo; trenzas que 2.000 años antes de Cristo ya se hacían con el objetivo de armonizar a las personas y que sólo podían hacer mujeres especialmente facultadas.

“Tu pelo no está allí por casualidad, sino que tiene un propósito definido”, asegura Laura Aguilar del proyecto *Trenzarte*, que trenza gracias a la tradición oral y a su propia historia. Fue la tía abuela quien les enseñó sólo a Laura y a Valeria. Sólo a dos mujeres de la familia, la práctica, el ritual. Les contó el secreto de este arte que no sólo es estética; según sus culturas y creencias, otorga lazos curativos dentro del alma de la mujer o el hombre a trenzar.

Los ritos curativos son diversos, y la conversación es uno de los más potentes: las abuelas lo hacían entre “las higueras” para resolver problemas. Durante la noche y casi siempre descalzas, se cobijaban bajo una higuera para descifrar la incertidumbre que aquejaba a la consultante. Conversaban toda la noche y, cuando llegaba el alba, el oráculo de la naturaleza se iba a dormir y la abuela también. Y así: la luna y los lunares, que en esas tradiciones representan un canal que se abre cuando hay luna llena y que puede conducir hacia el amor y el placer. Algunas abuelas distinguen el significado según el lugar que ocupan los lunares en el cuerpo; si están en el cuello, cerca de la boca o hasta en las nalgas. Y la muerte, ese gran tabú occidental, ese gran episodio en los secretos de los patrimonios femeninos afro: cuando en algunas familias alguien moría, las abuelas abrían sus ventanas y puertas para liberar al que debía irse. Pero cuando una mujer demostraba conociemien-

tos holísticos era considerada una bruja, una hechicera, una loca, y esas concepciones terminaban muchas veces en episodios violentos sobre ellas. El silencio y el encubrimiento de la realidad también son parte de cómo se ha transmitido la ancestralidad de las mujeres.

El blanco oculto

Parte de la obra de Pedro Figari es un ejemplo claro de cómo ciertos secretos ancestrales se canalizan a través del arte. Seguramente el impresionismo del pintor excedió su cuerpo en esas fiestas negras a las que asistía gracias a su nana, aunque la historia no la nombre. En sus cuadernos de jovencito había recuerdos de la niñez pero no fue hasta ser un adulto que sintetizó, no muy profusamente, sus recuerdos, percepciones y experiencias a través de sus pinturas.

De hecho, el único documento que habla de su infancia es uno prejuicioso y burlón que escribió uno de sus amigos encumbrados de la época, titulado *Obstinación infantil*: “Recordamos, entre tantas, la historia de su cocinera, quizás la sierva fiel que le brindara todo ese regalo negro de su niñez. Nos contaba un día, cómo de niño, cuando estudiaba sobre la mesa larga del comedor, se regocijaba torturando a la paciente fámula. Cuando entraba con la bandeja cargada de copas y de platos, se ponía a tamborilear los dedos con ritmos vivos de danza africana. Y la negra, como presa de un maleficio, empezaba, resistiéndose, a contornear su cuerpo. Y suplicante le pedía: “no, niño, por favor, no... no, niño...”, hasta que la obstinación in-

fantil, regocijada, vencía el respeto de la sierva, y la negra se entregaba, poseída, al terrible llamado de la danza ancestral”.

Las innostradas en estas historias son muchas. Esta “sierva fiel” seguramente fue quien le brindara a Figari el secreto memorial. “El regalo negro” de imágenes que no pudo borrar y que marcaron su curiosidad y su mirada ideológica.

“Secretos maléficos”

Las expresiones “presa de un maleficio” y “poseída al llamado de una danza ancestral” nos informan bastante sobre por qué esos rituales fueron ocultos y sagrados. Quizás por esto el racismo patriarcal y el evangelismo han hecho estragos en los territorios de la fe y las creencias. Simplemente lo que valía era lo impuesto. Pero el ingenio siempre aparece para seguir viviendo nuestras verdades aunque pasen a ser una cosa incontable, secreta.

Así es que nace el sincretismo, la necesidad de mantener una fe original disfrazada de eso que me exigen que sea. El sincretismo fue una forma atrevida de seguir viviendo, de no renunciar a ser personas portadoras de una cultura. Adiós a su comida, a su cotidianidad, adiós al nombre y a sus familias en continente africano; ésa ha sido una idea y una práctica persistente de aculturación. Pero nunca adiós a la memoria y sus necesidades rebeldes de seguir vivas, de perdurar. La gestación del sincretismo despliega refugios de creencias, una historias de Orishas y Santos.

La participación de los africanos de diversas naciones en el Corpus Cristi selló también parte del

devenir del candombe en Uruguay.

Hoy hay grandes tocadores de candombe que conocieron su toque gracias a sus abuelas que sabían hacerlo pero que no lo hacían en público.

En el tejido de la memoria estos afectos son clave. Estas mujeres merecen más que un recuerdo pasajero, dado su aporte al patrimonio vivo del país.

Las abuelas conocedoras se han sorteado una generación, para contar secretos que ya no son “tan valiosos”. ¿O sí?

Los secretos consanguíneos son otro gran capítulo: en un país tan pequeño la novela dramática sobre los ocultamientos familiares tiene un lugar especial entre las particularidades de los relajos locatarios que trajo la urbanización y el machismo forjador de un mismo padre proveedor con pie en varias casas.

Desde hace mucho las abuelas han sido las transmisoras ocultas de secretos caseros en las cocinas, en los fogones, en las curas de alma, mente y cuerpo.

Esas mujeres en muchos casos debían disimular ser transmisoras de conocimientos en conexión con la naturaleza y con sí mismas.

El recuerdo tiene aun más sentido cuando aquel que recuerda además lo transmite, lo traslada.

Un buen desafío para nuestra generación es que la historia no contada la deshilemos nosotros de la mano de las abuelas secretas. ■

*Herrera Mac Lean, Carlos. *Pedro Figari*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1944.

«FICCIONES PROPIAS»

Terapia delirio

Yo era una desesperada silenciosa.

Andaba la ciudad con el mismo mapa roto de siempre, ya sin ojos, ya sin tacto. Inmóvil la urgencia de mi cuerpo joven.

Por años buscándola, la confundía a veces con figuras fugaces que oxigenaban un desencanto de varias estaciones abonadas, miserables visiones pretendiendo la mirada completa. Con la única certeza filo de mi necesidad de ella, sacudirme la ausencia del nombre que redimiera mi búsqueda perdida en una esperanza casi maldita.

El día en que la vi bajar la escalera lustrosa de aquella casa enorme, jamás imaginé la vida y la muerte que nos esperaba.

Ella venía solitaria y alerta.

Dijo mi nombre con tono de pregunta, yo asentí y volví los ojos hacia el suelo; hubo una impenencia en su cuerpo delgado, fuerte, y que cambió el brillo tenue del ánimo que hasta allí me había llevado.

Me dio la bienvenida con un tono repetido de estudiada amabilidad transaccional.

Me pidió que la siguiera escaleras arriba, yo fui tras sus pasos, sin

saber que en ese tramo se fundaría el largo peregrinaje que transitó como una ciega.

Su cuerpo gimiendo sobre mí en movimientos nuevos, y profundos, atravesándome por completo hasta fundirme con ella, y caricias que se gestaban en mi cuerpo para moldearla, haciendo nacer en mis manos nuevas intuiciones de un goce que sería bendición y castigo.

Luego comprendería que ella buscaba una hacedora, alguien que le devolviera la suavidad de su piel endurecida por la comedia de sus lujosos escenarios donde se sucedían absurdos y repetidos teatros de amor por conveniencia, de cómodos intercambios, de silenciosos sacrificios de la belleza.

Jamás ella sospechó, ni yo lo sabía, que luego de que por primera vez hiciéramos el amor, su cárcel de primera clase comenzaría a deshacerse hasta ser arrasada por un fuego de purificación y peligro.

Con ese poder despótico que da el amor delirio, esa necesidad imperiosa de tocarnos como dos adictas, ese amor que sin los cuerpos se volvía abstinencia, y nos de-

jaba sumidas en la soledad más transparente.

♦♦♦

Subimos por fin la escalera que llevaba a su consultorio.

Nos sentamos a una distancia casi incómoda, ella pasó sus dedos finos sobre el cuello de su blusa varias veces y estuvo un instante detenida en algún pensamiento que vio emerger sobre mis hombros hundidos por el pudor que despertaba en mí su belleza.

Sin embargo, no pudo en ese tiempo descifrarlo.

Cuando en un segundo pude reconocerla, y calladamente un sismo me atravesó la espalda, comprendí que aquella mujer lejos estaba de acercarme a la paz que iba a buscar, y sentí esos deseos ahogados corriendo por mis músculos apretados en el sillón "paciente".

Me atraganté con un silencio largo, me tomé unos minutos enfocar en su mirada.

Allí en la habitación, tras su espalda y en la pared, se sostenía su comedia, se veían innumerables diplomas y otras certificaciones en

esas ciencias humanas que dicen curar las conciencias.

Me preguntó qué me había llevado hasta allí. Ella escuchaba con creciente atención mi relato; yo, con los ojos perdidos en el techo blanquísimo, iba construyendo un pasado fiel y atractivo que hiciera justicia a mi empeñada soledad de aquel entonces.

Dije mi miseria de una manera elegante.

Seis meses estuvimos en ese simulacro de psicóloga y paciente.

Cada miércoles, 18.30, mi alma fue cortejando su atención en silencio.

La fui enamorando, la fui desafiando, me fui descubriendo en su gesto, en su boca del adiós en cada despedida.

Su boca pequeña se apretaba en la puerta temblorosa donde nos separábamos, doliéndonos los huesos por tanto abrazo abortado, por tanto beso condenado a lo imposible con académica y cautelosa censura.

Sólo tiempo después pude saber que había llegado hasta allí para hundirme en su caos hasta

nafragar sin fe por aguas heladas, tiempo después me descubrí rezando versos en las más oscuras noches cuando ardía el recuerdo de su cuerpo, esa embarcación quebrada, con la esperanza de una buscadora de orillas, como parida de aquel viaje de otro mundo, ahora escupida en la arena.

Era ya demasiado tarde para la redención, mi carne pura lлага ardió sin piedad hasta extinguirme en una desaparición lenta, como el alarido de un espíritu vuelto cruz clavado en el cielo indolente, huérfano de cualquier dios, de cualquier verbo hacedor, sin milagros, ni perdón.

Ahora ando henchida de todo, vacía de mí, de cara al sol implacable de la media tarde, escuchando las voces como rezos de otras tierras, y las advertencias de cuidados con las que otras manos adventizas se empeñaban en salvarme. Como una oración herida.

Final y comienzo que ya conocía mientras mi mapa deshecho se disolvió infinito allá en el fondo. ■

Alejandra Franco

YO NO SOY

Ese ejército de hombres

Me hubiera gustado que fuera más fácil hablar de mi experiencia en espacios profeministas y antipatriarcales. Acepté esta invitación a escribir sobre cuestiones que son parte de mi piel pero ya me arripiendo un poco. En esta ventana mínima hay miedo, ego, necesidad, alegría, angustia y asco. Es frustrante intentar despellejarme y hacer con estas palabras un texto que sea decente. Es contradictorio también, pues intento cuestionar los privilegios de ser un varón en un sistema que privilegia lo masculino sobre lo femenino y siento que se me convoca a ciertos lugares porque entiendo que el movimiento feminista es parte importante en mi vida, pero uno termina a veces ocupando el lugar del "varón bonito".

Hace un tiempo reflexionaba que no podía quedarme callado y dejar que las únicas voces de neños que se escucharan fueran las de abogados de pelo en pecho, doctores misóginos, u otros varones, sin importar orientación sexual, grado de religiosidad o adscripción política, que son antifeministas. Claro que yo soy también algo de los anteriores, el tiempo dirá si consigo salirme de esos lugares, si puedo matarme y devenir otro/a para derramarme pegajoso sobre el suelo encerado de los hombres seguros de sí mismos (y sus violencias). ¿Cómo me siento ahora? Como un galardonado incómodo, el chico bien que habla, el desagrado

y aprovechado ser, asqueado del sistema que también soy yo, quien tropieza con su violencia machista cada tanto.

La ciudad de Dolores me vio llorar hace 37 años, el día que nació. Fui criado por una madre soltera, por abuelas y tías. Mundo de mujeres, ternura y esfuerzo, inteligencia y llanto, enojo y comprensión. Me costaba jugar al fútbol, odié debutar en el prostíbulo del pueblo pero "tenía que hacerlo", bailaba y cantaba mucho de adolescente frente al espejo imitando la música que me gustaba (todavía canto y bailo). Recuerdo una profesora de filosofía del liceo que me ayudó a pensar cómo pensar. Hubo adolescencia melancólica, muchas ganas de conocer el mundo y cagazo por hacerlo. Llevo conmigo los ojos de amor con los que me miraba (me mira) mi madre.

Venir a Montevideo me ayudó a respirar, al menos el primer año (quienes han venido del interior a "La Capital" acaso compartan que después todo es mentira). Aprendí mucho de una pareja, de mis amigas queridas, de dos amigos que eran misántropos y preguntones como yo. Descubrí los detalles más ignotos de la menstruación, mi falta de empatía hacia el dolor ajeno, lo adelantado que me creía al hablar de la igualdad entre mujeres y varones, pero era incapaz de limpiar el cuarto de pensión en el que vivía en concubinato. Reaccionaba violentamente cuando me enoja-

ba. Por ese entonces decidí en la facultad hacer el "Taller Central: de las relaciones de género", que duró dos años. Lo que me decían que eran las mujeres no tenía relación con lo que había conocido en casa; eran los primeros momentos en los que entendía que lo "normal" era tan frágil que debía imponerse por la fuerza.

A los dos días de terminar Sociología volaba al exterior del país, era diciembre de 2003. Vislumbraba alcanzar una escritura que fuera sentida como propia, caminar lejos de condicionamientos sociales, familiares o personales. Y comer. Retorné a Uruguay a fines de 2009 con los ahorros devorados por la falta de trabajo. Después de la vida en Europa había empezado a romperme por dentro, pero faltaba más.

Por 2011 comencé a releer materiales sobre feminismos, masculinidades, diversidades, y me puse en contacto con una organización de la sociedad civil cuya temática son las masculinidades y el género, en la que participé hasta hoy. Desde mediados de 2013 a la actualidad facilitamos semanalmente, entre dos técnicos, un grupo de varones que deciden dejar la violencia intrafamiliar. El grupo consta de una metodología específica en la que fuimos capacitados/as por gente de México. El chico listo que la tenía clarísima se dio cuenta del grado de violencia que venía ma-

nifestando en su vida, justificado por muchas y muy sesudas raciones de ortodoxia izquierdosa. Entonces el masculinólogo sintió cómo le destrozaban la vida y tenía que comenzar a hacerse otra. Pensaba que luchaba contra el patriarcado, resulta que él era yo.

A mediados de 2014 conocí un colectivo de varones en el que estoy ahora mismo. Allí/aquí dentro buscamos confrontar nuestros machismos, intentamos cuestionar nuestros privilegios, cuestionamos la heterosexualidad como mandato obligatorio, buscamos resistir desde nuestras propias fragilidades. Entendemos que varón es una categoría política que habitamos en estos momentos —aunque no la reivindicamos—, mientras buscamos corroerla con ternura, abrazos, cantos. Tratamos de unir temáticas como patriarcado, capitalismo, colonialismo. Nos juntamos porque estamos mal, no porque nos parezca copado hacerlo.

Pienso en el movimiento feminista como un barco hacia la liberación de las mujeres. Eso decantaría, también, en la humanización de los varones y potenciación de identidades que cuestionen al binarismo de género. Pero ante todo comparto y promuevo que sea un movimiento de liberación de las mujeres como condición fundamental para la humanización de la sociedad. Para llegar a este momento en el que me encuentro, primero está lo que me

pasó por el cuerpo, luego llegaron los libros como *Calibán y la bruja* (Silvia Federici) o *La dominación masculina* (Pierre Bourdieu). Reivindicó, en estos tiempos que las referencias a Judith Butler parecen ineludibles, el compromiso y la vida de Julieta Paredes: feminista, aymara, boliviana, lesbiana. Tenemos mucho por recorrer en ese sentido, sumergirnos en ámbitos emancipadores y colectivos antes que anhelar rebeldías individuales. Desde lo individual sólo replico lo que existe, perderme en otras personas es espantoso y volcánico a la vez. Es tan horroroso como quitarse velos y quedar abierto a lo insoportable.

Conocer los feminismos me hizo más humano. Acá, desde este lugar de privilegio de varoncito profeminista lo digo. Cada vez que alguien desprecia a "las feministas" recuerdo que las más radicales de ellas fueron las que más permitieron que me viera de otra manera y lograra el valor de hacer cada vez más públicas estas desobediencias. Ojalá que ese desacato se haga plaga y genere fiebres tan calientes que derritan esta farsa de cartón piedra. Ojalá yo sea capaz de sostener en mis acciones tanta palabra linda que aquí aparece.

Que una sueña bruja algún día pueda meterse en las tripas del ejército de los hombres, causando enojo, fascinación. Y nos deshaga. ■

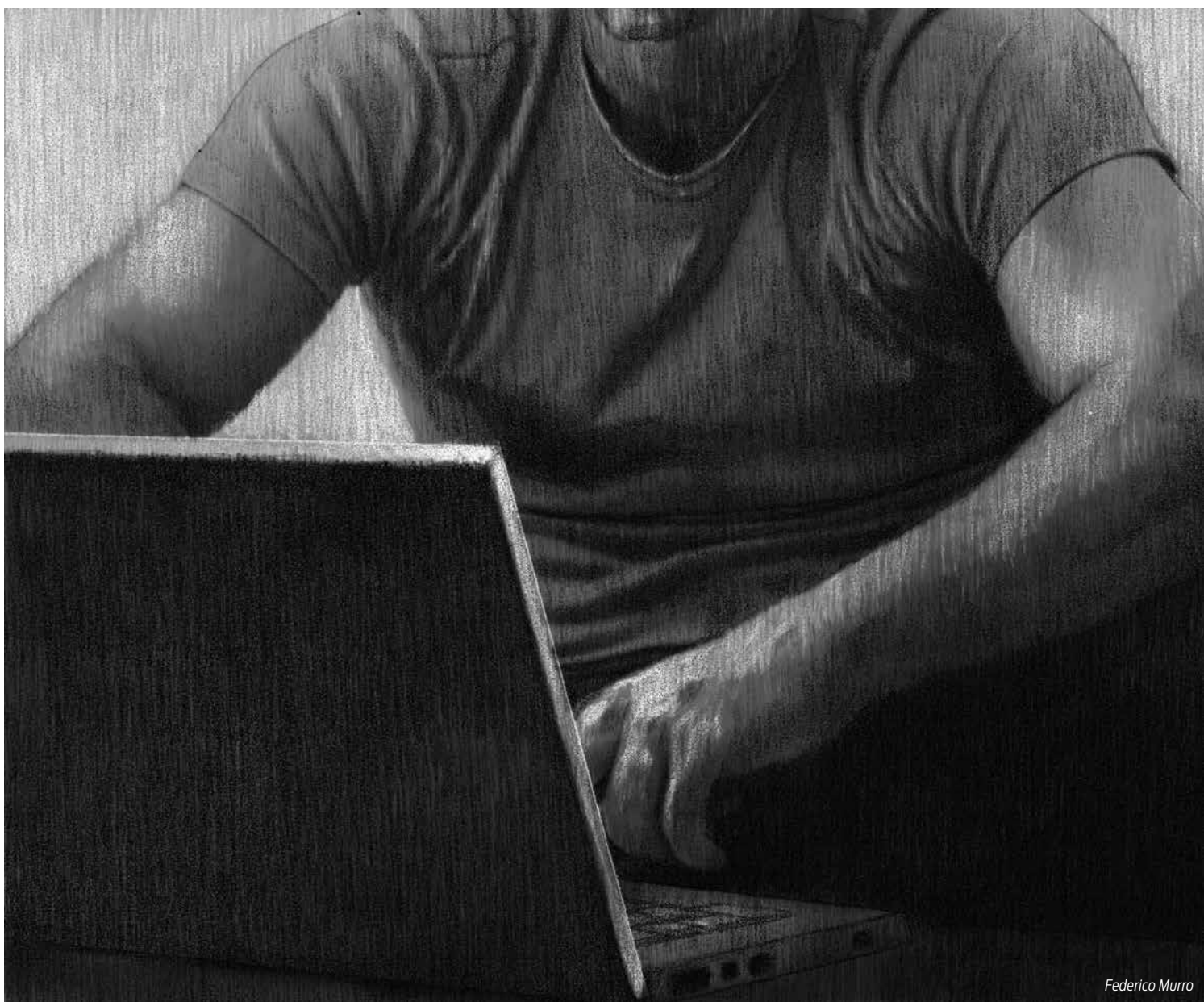
Jhonny Reyes Peñalva

INVENTARSE UNA SOMBRA

Hace algunos años transité una etapa de diversiones casi perversas, íntimamente obscenas, como si por mi sangre caminaran pequeños Norman Bates que me alimentaban la vida de la manera más cruel. En esa especie de delirio infame por no ser yo, una eterna batalla que hoy, locuras y terapias de por medio, sigue con diversos resultados cada día, había fabricado un *fake* para levantar chongos. Cuento esto sin ningún empacho, incluso esperando ser castigado, aunque soy bien consciente de no ser el único. El hombre en su soledad se vuelve la peor de las bestias. Y la soledad del puto -tema que me obsesiona con doloroso placer- es muy cruel, es una soledad que parece soledad, pero que, en realidad, es mucha, mucha, mucha soledad.

Este Facebook falso se me había hecho un arma tremenda; allí conocía secretos, perversiones, gente sexy, los tipos contaban sus pasiones más íntimas como quien arrodillado ante el cura vomita sus demonios, sus diablos oscuros, sus sapos, sus plagas. Yo era el sacerdote; en este mundo delirado por mí yo era poderoso. Pedía que se arrodillaran, me contaran todo y, si podían, que estuvieran sin remera, en bóxer o sin, satisfaciendo mi deseo más incendiario, que lejos de ser el sexo, era la dominación. Una combinación para crear este monstruo depositario de los deseos y otras cosas inverosímiles fue una yunta perfecta: una mente real que me pertenecía, un cuerpo hermoso que le pertenecía a otro. Allí supe que la soledad es la droga más dulce y más filosa, uno se enamora de estar solo y, sin embargo, le duele, quiere conseguir a ese otro que lo saque de allí, que lo salve y a la vez no, quiere ser humillado, quiere obedecer, que le abran la piel como a una fruta y lo llenen de fluidos prohibidos y legales, ser ese poema que nunca se termina, la alfombra del hombre imaginado, el héroe que salva a quien confiesa su soledad, el hombre solo quiere gozar de sus dolores pero también espera el milagro en la esquina de sus desilusiones. Sale a la calle a buscar el sol, pero se encuentra con lo negro de la noche y de todos modos se entrega. Yo era el rey de los solos. El más patético, el más, más mentiroso, el más despreciable.

Una vez, fatal e inolvidable, me encontré con alguien entre los muchos que desfilaban por aquel patíbulo, una especie de demonio con ojeras, piel blanca, cuerpo flaco y hermoso, ojos delineados, boca sangradora, que en aquel momento imaginé



Federico Murro

llena de besos calientes que salpicaban al mundo y de palabras obscenas que hacían poesía. Así que lo agregué yo a mi *fake*, y no al revés, como era la costumbre. Entonces empezaron mis alegrías imperfectas.

Este monstruo bello, esta flor de siete oscuridades, captaba cada vez más mi atención. Luego de un tiempo de verlo, observarlo y estudiarlo, lo agregué a mi Facebook real, tímido y desconcertado, con unas vergüenzas mordiéndome los dedos al teclear. Y me aceptó.

Él era cantante, una megaestrella under, un codiciado bombón de la noche montevideana que es de las más extrañas, así que imaginé que me tomó como a uno más de sus fans. Pero el fantasma de mi *fake* me lo pedía, quería tener su cuerpo sobre un espejo y metérmelo de un saque en las venas para disfrutar de mi enfermedad más bella. Qué cabeza de demente tuve, cada juego era una cucharada de locura. Mi adicción al antifaz me pidió que le hablara.

-Hola, bombón.

-Hola, ¿te conozco?

-No, pero deberíamos, sos una belleza.

-No sé quién sos, pero gracias, ¿dónde me viste?

-En tus fotos, no dejo de mirarlas, una por una las sé de memoria.

-Ahh...

-Me fascina tu look gótico, tu cuerpo sexy, tu belleza de mujer.

-Gracias... ¿Y cómo andás?

-Más o menos... ¿Tenés novio?

-Me estoy separando, pero ya salgo con alguien, si es eso lo que preguntás.

El diálogo siguió lento como el goteo de una canilla mal cerrada. Yo exponiendo mi patetismo, él exponiendo su desinterés, su tristeza, su común nada que ofrecer. Así se repitió una o dos veces hasta que, como un arquero de certeza prodigiosa, me dijo: "Este Facebook es truco. No te conozco, y no voy a seguir hablando contigo hasta que me digas quién mierda sos". Atragantado y sorprendido, no se lo dije, e intenté seguir entablando diálogos más de una vez. El tiempo pasaba y ya veía sus fotos con el novio nuevo, y

me dolía, y el dolor era necesario y quería más y él me rechazaba sabiendo mi secreto, sabiendo que yo no era yo, sabiendo que mi armadura de belleza y seducción por dentro estaba vacía. Ese verso de Bartolomé Leonardo de Argensola: "Porque ese cielo azul que todos vemos / ni es cielo ni es azul. ¡Lástima grande / que no sea verdad tanta belleza!".

Un día, entonces, intentando volver al diálogo, le dije: "esperá, en cinco minutos te hablo desde mi Facebook real", y así lo hice. Empecé con el clásico "hola". A partir de allí, comenzó el amor puntiagudo y clavado en el estómago. Lejos de enojarse, o indignarse, a él mismo le fascinó la idea de que alguien estuviera tan loco como para seguirlo, acecharlo, buscarlo. Se volvió un lazo tóxico y apretado el que creamos. Desde ese día, nos movió todo, a mí me corrió amor, chifladura y odio junto con la sangre.

Incluso, la primera vez que lo vi y luego de que se fue de mi casa, sentí un enorme

desasosiego, mi cabeza explotó, tuve un brote psicótico y me corté las venas. Todo oscuro. Luego, la rehabilitación de esa droga negra y amorosa, psicólogos, psiquiatras, pánico, pastillas, otros besos.

Hoy, al volver a casa después de la última vez en que pienso verlo, miro el disco que me regaló, lo recuerdo sentado a mi lado, pienso en su boca y sus manos. No entiendo. Cómo se fue apagando esa locura, esa pasión ardiente como un pequeño sol entre los labios.

Aparece el día de nuevo, el infierno se calla y estoy tranquilo, pero me da pena haberme recuperado de un pasional manicomio andándome adentro. Voy a extrañarlo y voy a extrañar su cariñosa perversidad, su oscuridad dulce.

Ambos nos perdimos, pero aparece cierto alivio al ver a alguien y saber que entre la ropa, fresco y envejecido, lleva un infierno. Por ahora, nos salvamos de nosotros mismos. ■

José Arenas

Apoyan:



2015-2025
DECENIO DE LAS PERSONAS
AFRODESCENDIENTES
RECONOCIMIENTO - JUSTICIA - DESARROLLO



Redactor responsable: Lucas Silva / Edición y coordinación: Apegé / Diseño y armado: Martín Tarallo / Edición gráfica: Iván Franco
Ilustraciones: Federico Murro / Textos: José Arenas, Álvaro Buela, Martha Capetillo Pasos, Valeria España, Sol Ferreira, Alejandra Franco, Alicia Migdal, Jhonny Reyes Peñalva, Leticia Rodríguez Taborda / Corrección: Magdalena Sagarra / Consejo asesor: Valeria España, Patricia P Gainza, Ana Karina Moreira